

espectáculo. En otras ocasiones iba á Newcastle, lo que siempre le producía un gran placer ; trasladándose después á Killingworth, en busca de antiguos amigos, y si éstos, á causa de su edad, se hallaban retirados en sus hogares, iba á buscarlos, y con tono afable y afectuoso les preguntaba la novedad que había. Este amor á Newcastle y sus alrededores duró tanto como su vida.

Sir Roberto Peel en más de una ocasión lo había invitado á que fuera á sus posesiones de Drayton, donde acostumbraba á reunir en torno suyo á hombres distinguidos en arte, ciencia y legislación, durante el tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones parlamentarias. Al principio, tales ofertas fueron cortésmente rechazadas ; pero como sir Roberto insistiera suplicándole fuera á verlo á Tamworth, donde encontraría á Buckland, Follett y otros, bien conocidos de ambos, al fin accedió á ello.

La notable fuerza de observación de Stephenson, unida á su natural viveza y sagacidad, daban siempre á su conversación mucho vigor y originalidad. Aunque ante todo era un ingeniero, no por eso dejaba de ser un pensador notable, no habiendo apenas ninguna cuestión de carácter especulativo ó que representara profundos conocimientos científicos, sobre las que no pudiera dar una opinión, que siempre resultaba autorizada.

El señor Sopwith nos informó, que en una ocasión en que se conversaba en Crayton sobre la teoría de la formación del carbón, Stephenson entabló una animada discusión con el doctor Buckland, quien dominándolo por su facilidad de lenguaje,

concluyó por hacerle callar. A la mañana siguiente, antes del almuerzo, encontrándose de paseo y al parecer algo preocupado, le vió sir Guillermo Follett, y acercándose á él, le preguntó en qué pensaba.

Stephenson contestó que en la discusión de la noche anterior, agregando que de tener la misma facilidad de palabra que el otro, de seguro le hubiera vencido, á lo cual replicó sir Guillermo : « Informadme bien de lo que se trata y veremos lo que se puede hacer por vos. »

Se sentaron al pie de una enramada, y el astuto abogado se hizo cargo de lo que se trataba, tomando el asunto con verdadero empeño. Una vez dominada la cuestión le dijo : « Ya estoy dispuesto á apabullarlo. »

Sir Roberto Peel, que tuvo conocimiento del complot, después de comer, introdujo hábilmente en la conversación, el asunto que había sido causa del anterior debate, lo que dió por resultado que en la discusión que con este motivo se produjo, el hombre de ciencia fué arrollado por el abogado. « ¿ Y qué decís á esto señor Stephenson ? » — preguntó Peel riendo. « ¿ Qué ? — dijo el interrogado — Que de todos los poderes que existen sobre y bajo la tierra no conozco ninguno tan grande como *el de la lengua.* »

Un domingo, que se hallaban reunidos en la terraza, próxima al salón, observaron á lo lejos un tren que venía dejando tras si una faja blanca de vapor, Stephenson preguntó á Buckland : « ¿ Me podréis decir cuál es la fuerza que arrastra ese tren ? » « Me parece, respondió el otro, que debe

ser una de vuestras grandes locomotras. » « ¿ Pero qué es lo que la hace funcionar ? » « Probablemente un hábil maquinista de Newcastle. » « ¿ Y qué diríais si yo os afirmara que es la luz del sol ? » « ¿ Cómo puede ser eso ? » — preguntó el doctor. « Pues no es ni más ni menos que lo dicho » — replicó el ingeniero. — « Es la luz embotellada en el seno de la tierra durante miles y miles de años ; luz cuya absorción ha sido necesaria á las plantas y otros vegetales para la condensación del carbón durante el proceso de su crecimiento, lo cual no es más que otra forma del carbón ; y ahora, después de estar enterrada en el seno de la tierra durante siglos en cuencas carboníferas, esa luz latente vuelve á surgir de nuevo, y al libertarse, se la hace trabajar como en esa locomotora, en bien de los humanos. »

Esta era una teoría favorita de Jorge Stephenson, quien sostenía invariablemente que lo que produce luz y calor, reconocía necesariamente ese origen. El abogado señor Fearon informó al autor de estas líneas, que acompañó al ingeniero en una de sus visitas á Bélgica, observando que no parecía interesarse mucho por las poblaciones ó edificios públicos del país, tal vez debido á sus limitados conocimientos de historia, que impedían los relacionara con el pasado.

Un día fueron á visitar juntos el hermoso palacio municipal de Bruselas, sin que su vista causara a Stephenson la menor impresión.

No obstante, á poca distancia de allí, al atravesar la callejuela que conduce á la Montagne de la Cour, despertó en él un vivo interés la vista de un cerdo

extremadamente cebado, colgado á la puerta de una carnicería. Lo que hizo que inmediatamente sacara la medida que siempre llevaba consigo, anotara las dimensiones del animal y expresara deseos de hablar con el dueño del establecimiento, con objeto de interrogarle respecto á la alimentación de aquél.

El carnicero fué á visitarlo al hotel, refiriendo cuanto sabía respecto á dicho particular. Esto fué motivo, según dice el señor Fearon, para que Stephenson insistiera una vez más en su teoría predicha de la luz solar, que según él, era la que había cebado al cerdo porque había penetrado en el maíz, éste en la grasa, y el animal así engordado, considerado deste punto de vista, era lo mismo que una mina de carbón, hallándose ambos compuestos de rayos de sol embotellado.

Durante la visita á sir Roberto Peel, á que antes hemos hecho referencia, Stephenson repitió una noche sus experimentos con sangre extraída de los dedos, colocándola en el campo del microscopio para mostrar la curiosa circulación de los glóbulos. Comenzó dando personalmente el ejemplo punzándose un dedo.

Los demás le imitaron con objeto de que se reconociera la mayor ó menor actividad de su sistema circulatorio. Cuando tocó el turno á sir Roberto, manifestó Stephenson que sentía curiosidad por saber de qué modo se conducirían en aquella ocasión los globulos de un político eminente. Peel tendió el dedo con objeto de que lo pincharan ; pero una y otra vez, tal era su sensibilidad, lo retiró ; hasta que al fin, en lo que á él

se refería, se desistió de llevar á cabo el experimento. La impresionabilidad de dicho hombre público era grande, y sin embargo, algunos años después sufrió una muerte precedida de terrible agonía.

En 1847, año que precedió á su muerte, Stephenson fué invitado á reunirse á un grupo de personas distinguidas en Drayton Manor y tomar parte en la ceremonia de inauguración del ferrocarril del valle de Trent, trazado por él y construído muchos años antes. El primer golpe de azadón lo dió el primer ministro en Noviembre de 1845, y la inauguración oficial se efectuó el 26 de Junio de 1847, no habiendo llegado á dos años el tiempo que se empleó en la construcción de la línea.

¡ Qué cambio tan grande se había operado en el ánimo de los grandes terratenientes, desde los primeros tiempos en que Jorge Stephenson proyectó por primera vez la construcción de la línea, á través del distrito ! En aquella época todos se levantaban en armas contra él, calificándolo de destructor y devastador de su hacienda, en tanto que ahora era considerado como uno de los principales bienhechores de la humanidad.

Sir Roberto Peel, el primer político de Inglaterra, lo recibía en su casa del modo más atencioso, considerándolo como el primero de los filósofos prácticos. Una docena de miembros del Parlamento, siete títulos y todos los grandes propietarios del distrito, se congregaron para celebrar la apertura del ferrocarril. El clero estaba dispuesto á bendecir la empresa, augurándole un risueño porvenir, puesto que había de proporcio-

narle los medios de llevar á cabo, según dijeron, todo aquello encaminado á propagar y difundir los principios de su doctrina. El ejército, por su parte, hablando por boca del general A'Court, reconoció la vasta importancia de los ferrocarriles, como medio de mejorar la defensa militar de la nación. Y finalmente, los representantes de ocho corporaciones distintas, se hallaban también dispuestos á reconocer los grandes beneficios que la línea férrea había reportado á todas las clases de la sociedad.

En la primavera del año 1848, el ingeniero fué invitado á ir á la posesión de Whittington cerca de Chesterfield, residencia de su amigo y antiguo discípulo Swanwick, con objeto de conocer al distinguido americano Emerson. Al ser presentado, no entablaron inmediatamente una conversación ; Stephenson se levantó poco después y cogiendo a su discípulo por el cuello, le dió una de sus familiares y amistosas sacudidas, preguntándole como era que en Inglaterra siempre se tenía simpatía por los americanos. Esto motivó una interesante conversación, en el curso de la cual Emerson manifestó lo mucho que le había impresionado el aspecto correcto y vigoroso del pueblo inglés ; partiendo de ahí para que ambos disertaran sobre la influencia que el aire, el clima, la humedad, el suelo y otras condiciones, ejercen en el desarrollo físico y moral de una nación.

La conversación recayó en la cuestión de electricidad, de la que Stephenson se ocupó con entusiasmo, explicando sus puntos de vista por medio de ejemplos tan sencillos como notables.

El coloquio giró después hasta parar en los acontecimientos más notables de su propia existencia, que refirió de manera tan gráfica, que cautivó la atención del americano, quien con tal motivo dijo que valía la pena de cruzar el Atlántico, aunque no fuera más que para conocer á un hombre de carácter tan vigoroso y de tan poderosa inteligencia como Stephenson.

Este pasó tranquilamente el resto de sus días en Tapton, entre sus perros, sus conejos y sus pájaros. Cuando sus ocupaciones, relacionadas con las minas, se lo permitían, se ocupaba de horticultura y de labranza; mostrándose orgulloso de sus flores, sus frutas y sus cereales, siguiendo en él, muy vivo el amor á la competencia. Aunque hacía algún tiempo que se encontraba muy delicado de salud, y la debilidad nerviosa le hacía temblar la mano, su constitución parecía aún bastante robusta. Emerson observó, hablando de él, que encerraba en su persona la vitalidad de muchos hombres; pero tal vez el americano hablaba en sentido figurado, refiriéndose á sus vastos tesoros de experiencia. Según parece, jamás se repuso por completo del ataque de pleuresía que sufrió á su vuelta de España. Sin embargo, todavía el 26 de Julio de 1848, se encontró bastante fuerte para poder asistir á una asamblea del Instituto de ingenieros mecánicos, celebrada en Birmingham, en la que leyó una memoria « sobre lo poco práctico de la máquina rotatoria. »

Esta fué la última vez que apareció en público, pues poco después de su vuelta á casa, tuvo un ataque de fiebre intermitente del que parecía iba

reponiéndose, cuando un repentino vómito de sangre puso término á su existencia el 12 de Agosto de 1847, á los 67 años de edad. Con tan sensible motivo su hijo escribió á Edmundo Pease: « Con profundo dolor, tengo el sentimiento de participaros, ya que erais uno de sus más antiguos amigos, la muerte de mi querido padre, que ha ocurrido hoy á las 12, después de diez días de una fiebre intensa. » El señor Starbuck, que también se hallaba presente, escribía. « Los síntomas favorables observados en la mañana de ayer, desaparecieron por completo por la tarde; la gravedad aumentó durante la noche, hasta que esta mañana se vió claramente que se aproximaba su última hora; y minutos antes del medio día, lanzó su último suspiro. Todos los prolijos y constantes cuidados de su esposa (1) y cuanto la ciencia pudo sugerir, fué aplicado, aunque en vano. »

Los restos de Jorge Stephenson fueron acompañados hasta el sepulcro por casi todos los obreros que trabajaban á su servicio y entre los cuales gozaba de gran aprecio y estimación, pues siempre lo tuvieron por un patrón bondadoso, que se hallaba dispuesto constantemente á realizar todo aquello que pudiera contribuir á mejorarlos moral, física é intelectualmente. Los habitantes de Chesterfield demostraron en aquella ocasión el pesar que les producía tan lamentable acontecimiento, suspendiendo las transacciones, cerrando los establecimientos y asis-

(1) Habiendo muerto su segunda consorte en 1845, se casó por tercera vez en 1848, seis meses antes de su muerte. La tercera esposa era persona inteligente, y respetable, que durante algún tiempo había desempeñado en la casa el cargo de ama de llaves.

tiendo al entierro que fué presidido por la corporación municipal. Muchos de los habitantes de los alrededores tomaron parte en la fúnebre ceremonia. El cadáver fué enterrado en Chesterfield, en la iglesia de la Trinidad, donde una sencilla lápida mortuoria indica el lugar donde reposan los restos del gran ingeniero.

La estatua de Jorge Stephenson, que las compañías de Liverpool á Mánchester y Gran Em-palme tenían encargada, iba camino de Inglaterra al ocurrir la defunción. Se utilizó después para un monumento, aunque el más indicado, era el del producto de sus obras.

La estatua fué colocada en el salón de San Jorge, en Liverpool. Otra, también de cuerpo entero, debida al cincel de Bailey, fué erigida algunos años después en el notable vestíbulo de la Estación que la compañía ferroviaria del noroeste tiene en Londres, en la plaza de Euston.

La sociedad de Ingenieros mecánicos, de la cual él había sido fundador y presidente, abrió una sus-cripción para levantarle también un monumento bastando que algunos periódicos divulgaran la noticia, para que los trabajadores, entonces, como siempre, aprovecharan la oportunidad de honrar la memoria de aquel hombre notable que había sido su compañero.

Pero la mejor y más apropiada estatua de las erigidas á su memoria, fué la levantada en 1862, según el proyecto de Juan Longh, en Newcastle-sobre-el-Tyne. Se halla cerca del instituto Lite-rario y Filosófico, al cual tanto él como su hijo Roberto, le debieron mucho en sus primeros años,

y próxima también á los grandes talleres de fun-dición donde se construyeron las primeras locomo-toras, gracias á la constancia y tenacidad del padre.

Tampoco está lejos del puente de alto nivel, que era una de las obras más notables realizadas por el hijo. La cabeza de Stephenson, según aparece en esta escultura notable, es maciza, característica y expresiva y la actitud de la figura, aunque sen-cilla, es varonil y enérgica. La sostiene un pedestal en cuyos ángulos se hallan representados los mineros, los mecánicos, los maquinistas y los rema-chadores. Este monumento ha sido colocado con mucho acierto en un paraje muy frecuentado por los trabajadores, miles de los cuales pueden con-templarlo diariamente al ir y volver del trabajo. Lo que nos hace imaginar que, al ver su rostro altivo y resuelto recuerden las memorables palabras de Roberto Nicoll, aplicadas á Roberto Burns ; las cuales en este caso, aún más todavía que en aquel, resultan plenamente justificadas :

« Ante los poderosos de la tierra,
Eres cual luz que nace en el Oriente
Y á la ignorancia le haces cruda guerra,
Del trabajo en la paz y dulce ambiente.

El rostro de Stephenson era vivo, bondadoso, sincero y varonil, denotando con su matiz la buena salud que gozaba. La frente era alta y despejada, presentando los rasgos característicos que dis-tinguen los cráneos mejor conformados. Su boca, bien dibujada, daba á conocer su sagacidad y su delicada percepción, lo mismo que sus tiernos ojos grises. Era de constitución robusta y sus miembros

proporcionados, aunque no muy voluminosos. Su cabello, que desde una edad temprana, empezó á encanecer, era, hacia la terminación de su carrera, de un hermoso color blanco sedoso. Llevaba siempre un vestido negro y corbata blanca. Por lo expresivo de su fisonomía y lo correcto de su traje, en cualquier parte donde se presentara nunca dejaba de llamar la atención, comprendiendo todos al momento que el que tenían ante su vista era un hombre digno y respetable.

CAPÍTULO XX

El puente « Victoria » de Roberto Stephenson en el Bajo Canadá. — Carácter.

Jorge Stephenson legó á su hijo sus importantes minas, sus acciones en los talleres de maquinaria de Newcastle y su gran capital en efectivo, producto en parte de sus trabajos ferroviarios. Esta herencia colocaba á Roberto en la situación de un ingeniero millonario, no habiendo ninguno que pudiera competir con él.

No obstante, siguió viviendo de un modo relativamente modesto y aunque algunas veces compró objetos artísticos, como cuadros y esculturas y hasta se permitió el lujo de tener un yacht, su manera de vivir no estaba en relación con su renta, que fué aumentando hasta el momento de su muerte.

Como es consiguiente, ya no tenía necesidad de dedicarse á la fatigosa labor de un ingeniero parlamentario, á la que había aportado su energía durante los últimos quince años. Por esta causa, Eduardo Pease le escribió poco después de la muerte de su padre, recomendándole con insistencia, dejara para otros la parte más ingrata del